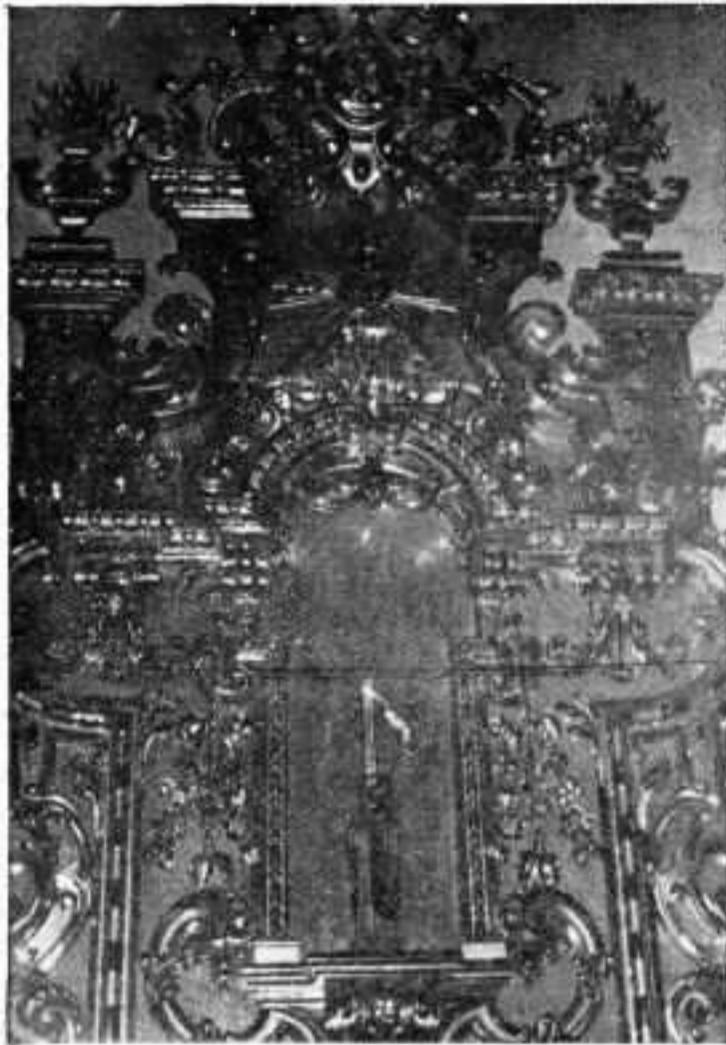


Todo es posible en el «Garbó»



Ese jirón de Burriana denominado barrio del «Garbó» debía darnos el día 4 de noviembre una muestra más —la más bella, quizás— de su vitalidad única, de su irrefrenable entusiasmo, de su latir y obrar en perfecto haz cuando la ocasión lo requiere.

Se celebraba el acto final de los agasajos religiosos en honor de San Martín de Porres, que durante nueve días han tenido por marco —bello marco, podemos decir ya, gracias a Dios— la iglesia de las reverendas Madres Dominicas, en la plaza del 18 de Julio.

Para aclarar el inciso diremos que el templo aparecía en franca restauración. Sus muros, ayer afeados por la suciedad, lucen hoy la pintura todavía fresca que les infunde unas tonalidades suaves, muy a propósito con el conjunto y que resultan francamente gratas a la pupila.

El altar mayor, sobrio, elegante y, por emplear el término hoy tan al uso, funcional, resolvía perfectamente el planteamiento de parte tan delicada como es la cabecera de un templo. Pero el altar no es todo el presbiterio. Y tras aquellos cortinajes rojos provisionales —muy suntuosos, por cierto— se ocultaban unas obras aún en gestación, muy necesarias, que van a suponer unos gastos importantes y que con la caridad de todos, tan generosa hasta hoy, podrán llevarse a feliz término.

En un lado, donde el «beatito» estuviera anodinamente solo, recortándose en la fría desnudez de la pared, ha surgido hoy, gracias a la generosidad de los fieles de la ciudad entera, un rutilante altar cuyos bellos arabescos de oro recogen como en precioso estuche una imagen del santo, pequeña pero increíblemente sugeridora.

Con una novena a cargo del excelente predicador reverendo fray Generoso Gutiérrez, O. P., tuvo efecto, como anunciamos meses atrás desde estas páginas, la celebración, llamémosla oficial, de la exaltación a los altares del santo mulato. Y si cada día el templo se vio rebosante de fieles, lo acaecido en la tarde del domingo día 4, remate de la gran fiesta, rebasó los cálculos previstos, ya de por sí muy optimistas.

La inclemencia del tiempo —llovió por la mañana y la tarde, plomiza, estuvo amenazando lluvia incesantemente— desaconsejó la celebración de la misa de campaña en la plaza del Convento, con la que se esperaba paliar la reducida cabida del templo.

Como era de prever, los fieles que iban a asistir a la misa vespertina de las cinco y subsiguiente procesión abarrotaron el recinto con gran antelación y un imponente gentío tuvo que seguir el Santo Sacrificio desde el exterior

por medio de altavoces.

Cuando mosén Cornelio, auxiliado por dos pequeños vestidos con hábito dominico, empezó a officiar, el templo presentaba un aspecto impresionante. En el presbiterio figuraba un nutrido grupo de hombres integrado por representaciones del clero local y órdenes religiosas, autoridades, presididas por el señor Alcalde, fuerzas vivas y vecinos de la barriada. En la nave la multitud se apiñaba aprovechando hasta el último centímetro cuadrado, al tanto que en las primeras filas destacaba poderosamente la presencia de dos grupos de niñas vistiendo los uniformes de los colegios de la Consolación y Villa Fátima.

Terminada la misa, la comunión y la bendición de panecillos —¿cuántos centenares de ellos, reverenda Madre Superiora?— se formó la procesión, que recorrería las siguientes calles: Valencia, San Andrés, Salvador Giner, Menéndez y Pelayo, General Aranda, Ecce-Homo y Soledad.

Y de esta procesión fuerza es hablar con detenimiento, porque resultó excepcional, otorgándole al adjetivo plena significación.

Excepcional por la concurrencia, puesto que cuando el santo abandonaba el templo la cruz estaba ya frente al comercio de tejidos denominado «La Saldadora».

Excepcional por la cantidad de público que la presenciaba, el cual, en bastantes lugares del trayecto, aparecía materialmente apiñado.

Excepcional por la emoción y respeto que cundió a su paso, pues las personas que la presenciaron llorando fueron incontables. (Profundamente conmovedora aquella parada de la imagen frente a la ventana de un enfermo que deseaba verla.)

Excepcional por aquellas tracas que estallaron en júbilo al paso del santo por algunas bocacalles (General Vives, Manuel Becerra, Dos de Mayo) y por el incesante arder, en la primera parte del itinerario, de multicolores fuegos de artificio de pared, que la envolvieron en una fantástica policromía altamente espectacular.

Excepcional por la presencia de aquellos niños y niñas con el hábito albinegro de San Martín y Santa Rosa, a quienes, desde el cielo, debieron contemplar los dos bienaventurados con sonrisa complacida.

Excepcional y entrañable el discurrir por aquellas calles vírgenes que, con gran hambre espiritual, esperaban «su» procesión Dios sabe cuántos años hace.

Muchas cosas excepcionales brindó, efectivamente, la procesión del santo peruano. ¿Cómo ha podido la Comunidad de Religiosas Dominicas, con las trabas que supone la clausura, provocar una erupción cristiana de tal envergadura? La cosa realmente tiene mucho de prodigio.

Pero sigamos con la procesión. Terminada ésta, era de ver la devoción de la gente por su «santeta», observando cómo llegaban hasta la imagen depositada en el presbiterio y con una reverencia y respeto conmovedores besaban sus manos, su túnica, su figura toda, frotando, además, contra su cuerpo escapularios, estampas y objetos diversos.

Luego, se efectuó el reparto de panecillos, que casi resultó tumultuario dada la ansiedad del público por obtenerlos. Tras lo cual fuimos abandonando el sagrado recinto con el corazón aún apretado de emociones. Y entonces el amigo volvió a reunirse con el amigo y fue llegado el momento de cambiar impresiones. Y he aquí por dónde todos coincidían en querer resumir los instantes que acababan de vivir en una sola palabra. Definitivo, decía éste. Apoteósico, opinaba aquél; o formidable, o colosal, o inolvidable, o único, o extraordinario...

Pero uno remontaba el pensamiento un poco más arriba. Y pensaba en la conjunción de tres elementos tan asombrosamente homogéneos como son, de una parte, el cautivador barrio del «Garbó»; de otra, la Comunidad de las Madres Dominicas, que tanto ama a su santo negrito y que tan suave e intensamente ha sabido infundir este amor en todos los burriánenses, dirigida expertamente por una mente y, sobre todo, por un corazón, admirables; y finalmente, en el poderoso atractivo social que irradia la figura de San Martín de Porres. Y veía en lontananza frutos maravillosos. Y hallaba la palabra para resumirlo todo: providencial.

Nota.—Con objeto de recabar fondos para atender a las obras de restauración del templo de las reverendas Madres Dominicas, se ha organizado un sorteo en combinación con la lotería nacional que tendrá efecto el 15 de abril de 1963.

El premio que se concederá es nada más ni nada menos que un magnífico piso del grupo de viviendas sito en la calle

Las papeletas valdrán diez pesetas. Dados los motivos de la rifa, así como el gran atractivo del premio a otorgar, esperamos que constituirá un completo éxito.